

VIERNES CUARTO DE CUARESMA.

EN este dia, como en el precedente, quiere la Iglesia trazarnos una imágen de la vida nueva ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado y resucitada por la gracia de Jesucristo. Con esta mira, sin duda, ha elegido para la Epístola de la misa la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta, y para el Evangelio la historia de la resurreccion de Lázaro. El introito de la misa hace relacion á los dos: está tomado del salmo 18. *En vuestra presencia, Señor, es en donde mi corazon medita sin cesar vuestra ley, y vos sereis siempre mi auxilio y mi apoyo, como sois mi Redentor. Los fieles publican la gloria de Dios, y esponiendo á nuestra vista las maravillas que contienen, nos dan la idea de aquel que las ha formado.* La espresion del profeta es singular, pero no por eso es menos instructiva. No es el corazon el que reflexiona ni el que medita, es el entendimiento. El profeta dice que su corazon medita la ley de Dios, para darnos á entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil que esas estériles meditaciones. Es preciso meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad, su escelencia. Esta observancia exacta es la que hace nuestra felicidad perfecta.

La Epístola está tomada del capitulo 17 del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta, ciudad de los sidonios en Fenicia, de órden de Dios, y cuando el hambre desolaba todo el país, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite, de modo que una buena mujer que le hospedó en su casa tuvo suficientemente para alimentarse ella y sus hijos, y para mantener tambien al profeta todo el tiempo que duró la sequedad. Tenia aquella mujer un hijo, el cual cayó enfermo, y fué tan violento el mal que murió de él. La madre desconsolada se echó á los pies del profeta que afortunadamente se hallaba en su casa, y penetrada del mas vivo dolor: Hombre de Dios, le dijo, ¿no me habeis conservado la vida sino para darme el disgusto de ver morir á mi hijo que era todo mi consuelo y toda la esperanza de mi familia? ¿no habeis venido á mi casa sino para descubrir mis iniquidades y para castigarme de ellas? El exceso de su dolor no la permitió decir mas, y prorumpió en gemidos y en llantos. Conmovióse Elías y la pi-

dió el cuerpo de su hijo. Le tomó, le llevó al aposento donde él se retiraba, le puso sobre su lecho, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta pero fervorosa oracion: Señor Dios mio, ¿es posible, que esta buena viuda que tiene la caridad de alimentarme lo mejor que puede, tenga el disgusto de ver morir á su hijo? Luego que dijo esto, se puso sobre el niño por tres veces ajustándose á su pequeño cuerpo, sin cesar de suplicar al Señor que le volviese la vida, haciendo que su alma volviese á su cuerpo. El Señor oyó inmediatamente la oracion de su profeta, y volvió la vida al niño. Elías le tomó en sus brazos, y habiendo bajado de su aposento le puso vivo en las manos de su madre. Arrebatada de alegría aquella pobre mujer, le dijo: Ahora reconozco por esta accion que sois verdaderamente un hombre de Dios, y que el espíritu del Señor es el que os hace hablar. La proteccion de las gentes de bien es siempre un gran recurso en los accidentes mas pesados de la vida. Pero si Dios tiene tanta consideracion á las súplicas de los santos, quando están todavia en la tierra, que por sus oraciones llega hasta obrar los mayores milagros, dicen los Padres, ¿cuando están en el cielo, en donde su caridad les hace mas sensibles á nuestras necesidades, qué crédito no tendrán cerca de Dios, y qué socorros, qué ventajas no se sacarán de su intercesion y de sus ruegos?

Dios, para hacer mas respetables á sus siervos fieles, les favorece con el don de los milagros, á fin de que su zelo sea mas eficaz, y que se les oiga con mas docilidad. Elías se puso tres veces sobre el cuerpo del niño muerto. Eliseo hizo lo mismo quando quiso resucitar al hijo de la Sunamitis; S. Pablo lo hizo tambien quando resucitó á un jóven llamado Eutyches, que habiendo caido de una ventana muy alta, se habia muerto; S. Gregorio refiere lo mismo de S. Benito quando resucitó á un niño. El misterio de esta accion nos representa la Encarnacion del Verbo, el cual, dicen los Padres, como que se ha restringido, se ha humillado, se ha ajustado en alguna manera á nuestra naturaleza revistiéndose de nuestra carne y tomando nuestras enfermedades para volvernó la vida. Hay pocos tipos y figuras en el antiguo Testamento que indiquen de un modo mas espreso la union del Verbo á la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion. Jesucristo no observó esta ceremonia; era la realidad de lo que los santos del antiguo Testamento no eran mas que la figura. Quiere resucitar un muerto, no tiene mas que mandarle que viva: *yo te lo mando, levántate; Lázaro, sal fuera.* Los profetas piden á Dios que dé la vida al

muerto; Jesucristo habla como Señor, habla y obra como Dios.

El Evangelio refiere la historia de la maravillosa resurreccion de Lázaro, el amigo de Jesucristo.

No habia salido aun el Salvador de Galilea, cuando tuvo noticia de la enfermedad de un hombre á quien amaba mucho; era éste el hermano de Marta y de María, llamado Lázaro, que habitaba con ellas en el pueblo de Bethania, en cuya casa se habia hospedado algunas veces el Salvador. Luego que la enfermedad se presentó peligrosa, enviaron las dos hermanas propio á Jesus, con estas dos palabras: *Señor, el que amais está enfermo. Nada mas sencillo ni mas modesto que esta esposicion. Dios no pide ni sutileza, ni elocuencia, ni cumplimiento; bástale una manifestacion humilde de nuestras necesidades, un sentimiento de amor vivo y ardiente, una confianza plena en él. Como si le hubiesen dicho, dice S. Agustin: basta, Señor, que sepais que nuestro hermano está enfermo, porque amándole como le amais, no le abandonaréis. El Salvador se hallaba entonces en Bethabara, al otro lado del Jordan, cerca de dos ó tres jornadas del pueblo de Bethania. Habiendo leído el billete, les respondió que aquella enfermedad no les llevaria á su hermano, y que antes bien serviria para gloria de Dios, puesto que daria ocasion al Mesias de probar su divinidad por medio de un milagro pasmoso. El Evangelista añade que Marta y su hermana María y Lázaro su hermano, eran amados de Jesus; el historiador sagrado no deja nunca de indicar en particular esta augusta prerogativa de todos los que el Salvador honra con una amistad especial; no hay nada, en efecto, que honre tanto; ninguna cualidad, ningun título es tan glorioso ni tan honorable como el ser singularmente amado de Jesucristo. Habiendo, pues, sabido el Salvador que Lázaro estaba enfermo, permaneció aun dos dias en el mismo lugar. Sabe Jesus á qué extremo estaba Lázaro reducido, le ama, y sin embargo difiere dos dias enteros el ir á socorrerle. Parece que Dios está algunas veces sordo á nuestros votos, que se olvida al parecer de los males que sufrimos; pero no por esto desconfiemos de su amor. El sabe el tiempo en que conviene socorrernos, y si difiere el hacerlo es para darnos señales mas sensibles de su bondad. Deja morir á Lázaro, dice S. Crisóstomo, y no llega á Bethania hasta cuatro dias despues que fué enterrado, á fin de que el milagro fuese mas incontestable.*

Habiendo pasado los dos dias, dijo á sus discípulos: volvamos á Judea. Esta resolucion les sorprendió, y aunque era el maestro, le dijeron: ¿no hace mas que un mes que los de Judea que-

rian apedrearos en el templo de Jerusalem el dia de la Dedicacion, y quereis volver allá? El dia no tiene mas que doce horas, les respondió el Salvador, ¿qué hay que temer cuando se camina mientras dura el dia? ¿debe esperarse á la noche para trabajar ó para caminar? Los judios contaban el dia desde la salida hasta la puesta del sol, y le dividian siempre como los demás pueblos orientales en doce horas iguales, pero que debian ser mas cortas ó mas largas, segun la diversidad de las estaciones. El Salvador compara aquí la vida al dia, y la muerte á la noche, y como el dia debe tener doce horas completas, sin que se le pueda quitar nada de su duracion; del mismo modo, dice Jesucristo, estando ya designado el tiempo que tengo que vivir, nada puede adelantar el momento de mi muerte. Como si hubiese dicho que en tanto que viviese en este mundo no faltaria la luz; así que no temia la malicia de sus enemigos, los cuales podrian tenderle inútilmente lazos para sorprenderle; pero no podrian quitarle la vida hasta que hubiese llegado el tiempo determinado para ello; y que entonces se entregaria él mismo en sus manos. Además, añade, Lázaro nuestro amigo duerme, y yo quiero irle á despertar. Era bien claro que el Salvador hablaba de un modo figurado, entendiendo lo que decia por el sueño de la muerte; porque ¿quién podia figurarse que Jesucristo tratase de emprender un viaje de dos ó tres jornadas para ir á despertar un hombre que dormia? Sin embargo, los Apóstoles fueron tan simples que creyeron que su divino Maestro hablaba solamente del sueño ordinario. Esto obligó al Salvador á decirles abiertamente que Lázaro habia muerto, y yo me alegro, añadió, de no haberme hallado allí, porque el milagro que voy á hacer resucitándole, va á hacer la fe que teneis en mí mas pura y mas incontrastable; pero vamos á verle. Al oír estas palabras, se apoderó de los Apóstoles el temor, y quedaron en silencio. Solo Tomás, viendo al Salvador determinado á partir y á llevar consigo los que tuviesen valor para seguirle, dijo á sus compañeros: Vamos, sigamos á nuestro Maestro, y si es necesario muramos con él. Es extraño que á una resolucion tan generosa haya sucedido una fe tan débil y tan vacilante en este Apóstol. No son unos trasportes pasajeros los que nos hacen dignos discípulos de Jesucristo, sino solo una caridad sostenida. Estos ímpetus de fervor son llamaradas que se estinguen, si el corazon no está abrasado con el fuego del amor divino.

Habiendo llegado á Bethania el Hijo de Dios, halló que Lázaro estaba enterrado habia ya cuatro dias. Muchas personas de las cercanías habian ido á ver á Marta y María para consolarlas;

pero á pesar de esta multitud de consoladores, no lloraban por eso menos las dos hermanas. Solo Jesus es el que puede enjugar las lágrimas; él solo es el que sabe el secreto de consolar en la aflicción. Así es que Marta y María, apenas supieron su llegada, dejaron al instante á aquellos con quienes estaban. *Señor*, le dijo Marta apenas se presentó á él, *si hubieseis estado aquí mi hermano no hubiera muerto*. Parece, dice S. Juan Crisóstomo, que su fe era todavía un poco débil, pues que creía que la presencia del Salvador era necesaria para impedir que su hermano muriese. Sin embargo, ella no deja de tener una gran confianza en su bondad y en su poder. Yo sé, le dice ella, que aun ahora todo lo que pidieris á Dios os lo concederá, aunque fuese la resurrección de mi hermano. No se atreve á pedirle directamente un favor tan grande; únicamente le recuerda que puede hacerlo; y conociendo la bondad del Salvador, no tiene necesidad de decirle mas. Está segura, repuso Jesus, que tu hermano resucitará. No dudo yo, replicó Marta, que en el último día cuando se verifique la resurrección general, resucite tambien con todos los demás. Pero ¿por quién resucitará sino por mí, le dijo Jesus, que soy la resurrección y la vida? ¿y por qué no podría yo resucitarle hoy como le resucitaré entonces? Este es el sentido que da S. Agustín á la respuesta que el Salvador dió á Marta. De este modo instruye Jesucristo y afirma la fe de Marta, y la conduce como por grados á confesar como lo hizo, *que él era el Cristo, el Hijo de Dios vivo que habia venido á este mundo*.

Viendo Marta que no parecia su hermana María, no dudó de que ella ignoraba la llegada del Salvador; por esto fué corriendo á su aposento, y la dijo en voz baja que Jesus habia llegado. Inmediatamente vino María, se arrojó á sus pies, y deshaciéndose en lágrimas: ¡Ah, Señor, le dijo, si hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto! Su llanto, y el de toda la multitud que habia ido con ella, enterneció el corazón compasivo del Salvador, el cual se mostró alterado y conmovido, haciéndonos ver con esto la parte que toma en las aflicciones de los que ama. Preguntó en seguida: ¿Donde se le ha enterrado? Venid, Señor, le dijeron, y ved el lugar de su sepultura. Habiendo llegado á él, no pudo contener sus lágrimas, lo que hizo decir á los judíos: ¿Veis hasta qué punto le amaba? Pero ¿si le amaba tan tiernamente, decian algunos de ellos, por qué no ha impedido que muriese, si es verdad que ha abierto los ojos á un hombre ciego de nacimiento? Los judíos miraban las lágrimas de Jesucristo, dice S. Juan Crisóstomo, como una prueba de su flaqueza. Si le amaba tanto, decian ellos, y si es verdad





que ha curado al ciego, ¿por qué no curaba á su amigo? El espíritu de envidia piensa siempre malignamente, y su habla es siempre en el mismo sentido; se aprovecha de las menores apariencias para autorizar su malignidad.

Fué Jesus al sepulcro acompañado de una multitud de gente. Los sepulcros de los judíos eran ordinariamente una especie de grutas abiertas en las rocas, ó hechas de fábrica, cuya entrada se cerraba con una piedra labrada y proporcionada á la abertura: habia en estas grutas muchas pequeñas celdillas ó nichos, capaces para recibir cada uno un cuerpo. El modo de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo que se llamaba sudario: el resto del cuerpo se envolvía en una sábana, que se ajustaba en seguida con muchas vendas desde las espaldas hasta los pies. Habiendo llegado el Salvador al sepulcro, no pudo menos de exhalar todavía algunos suspiros, y aun estremerse, no por la muerte de Lázaro, sino mas bien al parecer por la muerte eterna de tantos pecadores, de los cuales era Lázaro la figura, y singularmente por la malicia insigne y por el endurecimiento de los judíos, que habian de servirse del milagro que iba á hacer para resolver su muerte. El Salvador ordenó que se quitase la piedra que cerraba el sepulcro; y habiéndole Marta dicho al oír esto, que habiendo sido enterrado el cuerpo hacia ya cuatro dias, era imposible que no arrojase mal olor, la repuso el Salvador: No temas nada. ¿No te he dicho que si creyeres, verias á Dios glorificado por el mas brillante de todos los milagros? Luego que quitaron la piedra, levantó los ojos al cielo, y dirigiéndose á su Padre, le habló, dice S. Crisóstomo, no como quien le rogaba, sino como quien le rendía acciones de gracias, para mostrar que no era él como los demás santos y los profetas, que tienen necesidad de valerse de las súplicas para hacer obras milagrosas, sin que él las hace por su propio poder. No lo hace, añade el mismo Santo, sino á fin de que el mundo sepa que obra en nombre y por la virtud de su Padre, y por consiguiente, que él es el Mesías y el Enviado de Dios; por esto prueba tambien su unidad de voluntad y de poder con Dios su Padre; y si en cualidad de hombre habla como inferior á su Padre, mezcla siempre algunos rasgos que muestran su igualdad.

Despues de todo esto, esclamó Jesus en alta voz: Lázaro, sal del sepulcro: á estas palabras, el muerto resucita, y lleno de vida se levanta, y ligado como estaba sale del sepulcro, lo que no pudo hacer, dice S. Juan Crisóstomo, sin un nuevo milagro diferente del primero. Tantas maravillas á la vez causaron una admiracion general. Volvió Jesus á mandar que desatasen al muerto

resucitado, y le dejasen andar. A vista de estos prodigios, los judíos presentes no pudieron menos de reconocer el poder del Señor. Ellos habian visto á Lázaro muerto, le habian visto enterrado ya de cuatro días, y que sus carnes estaban ya fétidas y corrompidas. Ellos mismos habian quitado la piedra que cerraba el sepulcro; habian visto que á solo el precepto de Jesucristo habia salido Lázaro de él, envuelto todavía en sus paños mortuorios, y estrechamente ligado y ajustado con las vendas, como un niño en la envoltura. Se le desata, ve, habla, anda, come, y sobrevive muchos años á su entierro y á sus primeros funerales. ¿Le queda algun atrincheramiento á la incredulidad mas porfiada? Este milagro convirtió, es verdad, á muchos judíos; pero apenas hubo uno entre los sacerdotes, los escribas y los fariseos que no se encarnizase mas contra el Salvador del mundo. Cuando el entendimiento y el corazon están corrompidos, cuando el error es voluntario, los milagros sorprenden, pero no convierten.

Si Lázaro muerto y enterrado es la figura del pecador muerto por el pecado, la resurreccion de Lázaro y la salida del sepulcro es la figura del pecador convertido por la gracia. Un cristiano convertido y resucitado á la gracia debe dar pruebas públicas de ello á Dios y al mundo, al justo y al libertino. El pecador penitente debe glorificar á Dios, que es el autor de su nueva vida; edificar al mundo que ha sido testigo de sus escándalos; consolar al justo que ha gemido por sus desórdenes, y confundir con una vida ejemplar al libertino, que queria hacer sospechosa su conversion.

Honrábanse hoy con una fiesta particular en muchas iglesias de Francia, las lágrimas que la ternura y la compasion hicieron derramar á Jesucristo por la muerte de Lázaro; y se llamaba comunmente esta devocion la fiesta de las santas Lágrimas. Se celebraba con mucha piedad en Vendome, en la Abadía de la Trinidad, que era de padres benedictinos; en Selincour en Picardia; y en la Abadía de S. Pedro, llamada de la santa Lágrima. En Orleans en la iglesia de S. Pedro, el Plantador (*le pueiller*); en Chemillé en Anjou, en la iglesia de S. Leonardo; en Thiers, en Auvernia, en S. Maximino, en Provenza, y en otras partes.

Todavía hoy se celebra con solemnidad la resurreccion milagrosa de S. Lázaro en la iglesia catedral de Marsella, que le reconoce por su primer obispo, su apóstol y su patron.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui ineffabilibus mun- O Dios, que renovais el mun-

dum renovas Sacramentis: praesta, quæsumus, ut Ecclesia tua, et æternis proficiat institutis, et temporalibus non destituatur auxiliis. Per Dominum. do por medio de sacramentos inefables, haced que prospere vuestra Iglesia con vuestras eternas instituciones, y que nunca la falten vuestros auxilios en sus necesidades temporales. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada del tercer libro de los Reyes, cap 17.

In diebus illis: Ægrotavit filius mulieris matrisfamilias, et erat languor fortissimus, ita ut non remaneret in eo habitus. Dixit ergo ad Eliam: Quid mihi et tibi vir Dei? Ingressus es ad me, ut rememorarentur iniquitates meæ, et interficeres filium meum? Et ait ad eam Elias: Da mihi filium tuum. Tulitque eum de sinu ejus, et portavit in cænaculum, ubi ipse manebat, et posuit super lectulum suum. Et clamavit ad Dominum, et dixit: Domine Deus meus, etiamnè viduam, apud quam ego utcumque sustentor, afflixisti, ut interficeres filium ejus? Et expandit se, atque mensus est super puerum tribus vicibus, et clamavit ad Dominum, et ait: Domine Deus meus, revertatur, obsecro, anima pueri hujus in viscera ejus. Et exaudivit Dominus vocem Eliæ: et reversa est anima pueri intra eum, et revixit. Tulitque Elias puerum, et deposuit eum de cænaculo in inferiorem domum, et tradidit matri suæ, et ait illi: En vivit filius tuus. Dixitque mulier ad Eliam: Nunc in isto cognovi, quoniam

En aquellos dias enfermó un hijo de una madre de familias, y su enfermedad se hizo tan violenta que murió de ella. Díjole, pues, aquella mujer á Elias: ¿Qué es lo que hay entre tí y mí, hombre de Dios? ¿has venido á mi casa para renovar la memoria de mis pecados, y para quitar la vida á mi hijo? Elias la dijo: Dame á tu hijo; y habiéndole tomado de entre sus brazos, le llevó al aposento donde habitaba, le puso sobre su lecho, y clamó al Señor, diciéndole: Señor Dios mio, ¿es posible que hayas afligido á esta buena viuda que cuida de alimentarme lo mejor que puede, hasta quitarle la vida á su hijo? Despues de dicho esto se echó sobre el niño por tres veces, acomodándose á su cuerpo muerto; y esclamó al Señor, diciendo: Señor Dios mio, haced que el alma de este niño vuelva á su cuerpo. El Señor oyó la voz de Elias, el alma del niño volvió á entrar en su cuerpo, y resucitó. Habiendo tomado Elias el niño, descendió de su aposento á lo bajo de la casa y le puso en manos de su